

Fácil es suponer la rabia, la desesperación de los soldados, sobre todo de los artilleros. Los yanquis cargaron furiosamente.

Comenzaba á evacuar la trinchera la compañía de Puerto Rico que estaba mermaidísima; habían muerto el capitán y los dos oficiales que la mandaban, por lo cual dispuso que pasase á la segunda línea de fuego, ó sea á las trincheras del fuerte Caney, que estaban detrás de la de San Juan.

De un balazo fué muerto entonces el teniente de Talavera señor Valle.

Quería el enemigo apoderarse de los dos cañones, que ya no diparaban. Nuestros soldados se lanzaron sobre uno de los cañones, lo desmontaron presurosos y habriéndose paso escaparon con él, llevándolo sobre sus hombros, no obstante estar rendidos de fatiga.

El otro cañón quedó en poder de los norteamericanos.

Fué imposible hacer más.

Los yanquis ocuparon la trinchera medio destruída ya, y llena de cadáveres de uno y otro ejército, clavando sobre un muro una bandera.

Continuó luego el ataque en la segunda línea de fuego, en las trincheras de Canosa, donde murió el coronel Bustamante y el comandante Manso, y salieron heridos Linares, su ayudante Arraiz y otros.

La trinchera de las lomas de Canosa era muy estensa. La defendían dos compañías de Talavera y hasta mucho tiempo después no se envió allí ningun refuerzo.

A la primera descarga murió el capitán señor Manso de un balazo en un ojo, mandando dos oficiales y ochenta soldados.

Del hospital de Santiago se enviaron entonces á la trinchera 185 soldados, que apenas se hallaban convalecientes de sus heridas, y una guerrilla movilizada.

Cayeron heridos sucesivamente, el comandante señor Busto y el teniente señor Bolívar.

Linares se paseaba examinando el campo desde una maseta de la trinchera y de pronto se acercó á unos oficiales, á pié, y les dijo:

—Estoy herido, pero no importa; vosotros seréis los defensores de la plaza.

Cuando estábamos quebrantados en absoluto y habíamos gastado dos grandes cajas de municiones, llegaron una compañía de Puerto Rico y una sección de marina desembarcada de la escuadra y mandada por el señor Bustamante.

Anocheció y se suspendió el fuego, que se hizo al siguiente día más horroroso.

La sección de marinos se batió con verdadero coraje: de 600 hombres de que constaba sólo quedaron unos 30.

Había ordenado el jefe Bustamante al capitán González que llevase la fuerza de marina en ayuda de Talavera. Cuando González se acercó á él poco tiempo después y le decía: Mi coronel está cumplida la orden, recibió Bustamante un balazo.

El coronel del batallón de Simancas D. José Baquero Martínez, jefe de un sector de trinchera, desapareció entre los escombros al estallar allí una granada.

No á vuelto á saberse de él.

La trinchera de Canosa no llegó á rendirse; se suspendió el fuego en virtud de órdenes del general Toral al hacerse la capitulación. Sólo entonces pudieron ocuparla los yanquis.

Por la noche, antes de entregarla, quisieron tomarla sorprendiendo á sus defensores algunas fuerzas de caballería, y aunque lograron penetrar fueron rechazadas á bayonetazos.

Cuando toda lucha hubo terminado, los soldados yanquis se acercaban á los nuestros, á saludarles y felicitarles dándoles al propio tiempo ron, pan y otros víveres.

#### IV

Vamos á referir ahora el acontecimiento más desastroso de esta guerra, el que fué causa de la terminación de ella, porque dió fin se puede decir, al poder naval de España, y el que como más inverosímil fué recibido por todos los que ansiaban el triunfo del derecho sobre la fuerza. Desde el lunes 4 de Julio comenzó á circular rápidamente en esta ciudad la infausta noticia de que la escuadra española, surta en la Baía de Santiago al mando del Almirante Cervera, había sido destruída totalmente por los americanos que se encontraban frente á ella, y á las órdenes del Contralmirante Sampson y el Comodoro Sheley. Tan magna, tan inesperada, tan irreparable era aquella catástrofe, que nadie quería creer en ella. ¿Cómo podía ser que Cervera, tan hábil marino y tan valiente soldado, conociendo fielmente la situación de su flota y la superioridad del enemigo; se hubiese lanzado en una aventura tan descabellada, como era la de abandonar la bahía custodiada por acorazados poderosísimos y cuyos cañones lanzaban proyectiles de una potencia verdaderamente irresistible? Y sin embargo así fué. Vio entado por superiores órdenes, que la disciplina le prohibía discutir, el bizarro Almirante español se lanzó á la mar en pleno día, con todas sus embarcaciones, sin otro anhelo que cumplir con su deber, sin otra expectativa que morir peleando.

El día 5 fué conocido aquí un boletín publicado en Washington el día anterior, conteniendo el siguiente parte oficial:

«La escuadra española intentó escapar de la bahía de Santiago á las 9.30 de la mañana de ayer. A las dos de la tarde el «Cristobal Colón» encalló á sesenta millas al Oeste de Santiago, arrió su bandera y se rindió.

El «Infanta María Teresa» «Oquendo» y «Vizcaya» se vieron obligados á encallar, fueron incendiados, siendo después volados por los cañones de nuestros buques como á veinte millas distante de Santiago.

El «Furor» y el «Plutón» fueron destruidos á veinticuatro millas del puerto.

Nuestras bajas consisten en un muerto y dos heridos.

Las bajas al enemigo se cuentan por cientos, y mil trescientos prisioneros que se encuentran á bordo de mis buques. Entre los prisioneros se encuentra el Almirante Cervera. [Firmado.] Sampson.»

Gran parte de la colonia española de México, y los numerosos simpatizadores con quien cuenta la causa de España, se negaban á dar crédito á la noticia, con tanta más razón, cuanto que en algunos cablegramas de Europa se afirmaba que la escuadra de Cervera había logrado escapar de la Bahía de Santiago después de un combate furioso con los barcos americanos, dirigiéndose á todo vapor hacia el Oeste. En Madrid mismo prevaleció con tal insistencia esta noticia que hubo públicas manifestaciones de recocijo para celebrarla. Pero el siguiente cablegrama de la Prensa Asociada no dejó lugar á ninguna duda.

«Madrid, Junio 5.—El Presidente del Consejo de Ministros, Señor Sagasta, anuncia oficialmente que la escuadra del Almirante Cervera ha sido derrotada; que el «Almirante Oquendo» fué incendiado; el «Infanta María Teresa» hechado á pique, y que el almirante Cervera es hoy prisionero de guerra de los americanos.»

He aquí los detalles del combate:

La escuadra del Almirante Cervera compuesta de los cruceros protegidos «Cristóbal Colón», «Almirante Oquendo», «Infanta María Teresa» y «Vizcaya» y los dos torpederos «Furor» y «Plutón» la cual había estado detenida en el Puerto de Santiago de Cuba durante seis semanas por las escuadras combinadas del Almirante Sampson y el comodoro Schley, intentó sorprender á estas por medio de una maniobra tan audaz como intensiva, para ganar la salida del puerto á favor de la sorpresa, y escapar de la prisión en que se le guardaba.

Cuando Sampson abandonó el bombardeo del Morro el día 4 de Julio salió Cervera á las nueve de la mañana y pasó cerca del «Merimac» sin encontrar obstáculo el paso, como se creía estaba, intentándose dirigirse al Oeste. Pocos momentos después fué avistado por la escuadra americana que se puso en movimiento. Los españoles al verse descubiertos comenzaron á ata-

car disparando los cañones Hontoria de once pulgadas. Las granadas caían cerca del «Indiana» que contestaba con otras de trece pulgadas, una de las cuales estalló sobre el puente del «Oquendo»

Cervera continuaba su marcha recibiendo los disparos del «Indiana» que se había adelantado deteniéndose para hacer fuego, sin cuidarse de las granadas que le enviaba á su vez el castillo del Morro. El «Iowa» y el «Texas» disparaban también contra el buque almirante español «Teresa.»

Cervera se dirigió contra el «Oregon» y el Massachussets; el «Brooklyn» y el «Texas» atacaban al «Oquendo.» Todos los buques americanos tomaban ya parte en el combate cuando aparecieron el «Vizcaya» y los dos destroyers á 200 metros de él.

Los americanos permitieron á los españoles que se alejasen del Morro con objeto de evitar los efectos de las baterías.

Generalizóse el combate 45 minutos después, y aprovechándose de que estaban ya desmontados los cañones españoles por los disparos de los acorazados, acudieron los cruceros y cañoneros, y entre ellos y los acorazados arrojaron una verdadera lluvia de metralla sobre los barcos españoles, especialmente sobre el «Colón», que acorralado se dirigió á la costa.

Los destroyers, incendiados, intentaron lanzar tropedós contra el «Indiana», pero les alcanzó una granada, y entonces uno de ellos izó bandera blanca, á tiempo que el otro llegaba á la costa y hacía explosión en el momento en que la tripulación desembarcaba.

El «Vizcaya» izó bandera blanca, y el Oquendo, incendiado, se dirigió á la costa. Cesaron entonces los disparos del Texas, el Indiana y el Massachusset, y este último se unió al Oregon y al Brooklyn para atacar al Colón.

Entre tanto el «Indiana» y el «Iowa» interceptaron el paso al «Vizcaya» que trataba de ganar el lado Este de la bahía.

El «Teresa» en que iba Cervera, se vió perseguido por el Indiana, Iowa Texas y Oregon dirigiéndose hácia la costa como el Colón, pero habiéndosele adelantado el Brooklyn y el Oregon se echó sobre las rocas donde estalló. Los americanos cesaron en el fuego y auxiliaron á los naufragos.

Cervera que se salvó en una chalupa del Teresa rogó que lo llevaran al Gloucester.

El comandante de este barco le recibió en el portalón y le estrechó la mano diciéndole, «Saludos señor. Habéis sostenido un combate como ninguno se vió en el mar.»

Los oficiales del Gloucester colmaron de atenciones á Cervera y le alojaron muy bien.

Los puentes de los cruceros españoles quedaron cubiertos de cadáveres. Tuvieron 250 muertos, 160 heridos y 160 prisioneros. También sobre el mar se veían flotar numerosos restos humanos.

La humareda que desprendían los buques incendiados cubría un espacio de cuatro millas.

Dos horas después de haber salido el primer buque español de Santiago de Cuba, ya había todo terminado.

El «Cristóbal Colón» era el más veloz de los buques españoles, y pronto consiguió adelantarse á los otros que salieron del puerto y escapó á los efectos de las metrallas que los destruyeron.

Navegó con gran velocidad, recibiendo los disparos repetidos del «Oregón», el «New York», el «Brooklyn» y otros buques que iban en su seguimiento, recibiendo ellos también el fuego de sus cañones de popa pero al fin fué también echado á pique á algunas millas.

## V.

He aquí la descripción que hace de la memorable batalla, el capitán Evans, del «Iowa», la cual es, sin duda, la más detallada:

«Cuando el primer buque del Almirante Cervera enseñó su proa á la entrada de la bahía de Santiago, un marino que en esos momentos se encontraba sentado en el puente del buque de guerra «Iowa» gritó: ¿qué es aquél punto negro que se destaca en la boca de la barra?

En un momento la tripulación del «Iowa» estaba en sus puestos respectivos, y la aproximación del buque enemigo era señalada á la vez por una espesa nube de humo anunciaba el primer cañonazo de alarma, á las nueve y treinta minutos de la mañana.

A la sazón yo me encontraba en mi camarote, y al oír el disparo precipitéme á la cubierta, y en el acto comenzó la maniobra de guerra; y el timbre de señales ordenó al maquinista marchar á plena velocidad; cargué el timón á estribor y en breves instantes el «Iowa» cruzaba los límites de proa del «Infanta María Teresa», el primer buque de la escuadra enemiga, que majestuosamente salía de la bahía de Santiago de Cuba. Luego que los movimientos del «Iowa» fueron conocidos del enemigo, el «María Teresa» rápidamente se escabuyó hácia el Oeste, más un tanto fuera de tiempo, pues una metralla de doce pulgadas, hábilmente lanzada, del cañon frontero hacía su terrible explosión en la proa del elegante buque español.

¡Entablóse la lucha! y ésta constituyó un verdadero espectáculo.

La salida de la hermosa, pero infortunada escuadra enemiga, en perfecta columna, equidistante, aumentando su velocidad á trece nudos, era soberbia.

El «Iowa», desde ese momento no cesó de hacer fuego con sus cañones de grueso calibre; siempre adelante del «María Teresa», obligándole á mantener su proa á estribor y procurando con mis cañones de proa, echar á pique uno de los buques que tomaban la descubierta. «El Oregón», «El Indiana», «El Brooklyn» y «El Texas», por su parte hacían excelente trabajo con sus cañones de grueso calibre.

En un corto espacio de tiempo, relativamente, todos los buques enemigos habían salido de la barra, y se hizo casi imposible para el «Iowa» poder destruir el primero ó segundo buque enemigo, dada la inferioridad de locomoción á los cruceros españoles.

A esa hora, después de la salida de la escuadra del Almirante Cervera, la columna enemiga se encontraba á diez mil yardas de nosotros, casi poniéndose fuera de tiro certero. No había tiempo que perder, y cargué el timón á estribor, virando rápidamente, para descargar sobre el «María Teresa» una completa andanada de los cañones de ese lado del «Iowa», quien, volviendo á tomar su posición con suma presteza, dirigió su proa al segundo crucero que pasaba, el «Oquendo», y descargó sobre éste sus gruesos cañones del frente.

Las máquinas, durante estas maniobras, movían sus excéntricas con una velocidad vertiginosa, imprimiendo á nuestros buques un avance de proa tan fuerte, que las turbulentas olas eran hendidas hasta llevar su espuma sobre el puente; en tanto que el «Oquendo» y el «María Teresa» disparaban sobre mi buque «Iowa», una verdadera granizada de bombas, cuyos estragos sólo fueron sentidos en las chimeneas y el palo mayor.

El «Cristóbal Colón», siendo de más rápido andar que el resto de la flota española, presto dejó á sus compañeros á retaguardia, haciendo poderosos esfuerzos para escaparse.

Este crucero al pasar frente al «Iowa» colocó dos metrallas de á seis pulgadas con magnífica puntería en nuestra proa por el lado del estribor; una de éstas atravesó de parte á parte nuestra caja impermeable, derribó la despensa y fué á reventar en el interior de los camarotes de proa, causando estragos de consideración; la otra pasó el casco á la altura de la línea de flotación y se fué á alojar cerca de la caja impermeable, donde aún permanece.

Una vez que era imposible para el «Iowa» la destrucción de alguno de los cruceros españoles, que habían avanzado mucho adelante del «Oquendo», determiné cortar el paso á éste y, para el efecto, cargué el timón á estribor y gané la paralela del buque enemigo; colocándose el «Iowa» á mil cien yardas de distancia y disparando toda la batería, inclusive los cañones de tiro rápido, hice suspender un tanto la marcha del «Oquendo».

El resultado de esta descarga fué aterrador!

Muchas bombas de á doce y de á ocho pulgadas vimos que hicieron explosión dentro del casco del buque, y presto las llamas y el humo comenzaron á envolverle.

Pasado que hubo el pánico, las máquinas del «Oquendo» volvieron á funcionar, y listo alejóse del «Iowa» para, en mala hora, pasar frente al «Oregón» y el «Texas», que á su turno descargaron sus baterías sobre el enemigo.

En esos momentos el grito de alarma de nuestro vigía anunciaba la aparición de dos torpederos destructores, un cuarto á escribir y á cuatro mil yardas de distancia.

Inmediatamente fué abierto el fuego sobre ellos, y una metralla de doce pulgadas destrozó completamente la popa de uno. . . . . Al mismo tiempo que hacía explosión nuestra bomba en el bote enemigo, una, lanzada por ellos, pasaba á muy pocos piés sobre mi cabeza.

¡Bravo! exclamé.... ese parece saber mucho de artillería.....!

En la horrible revuelta de los cruceros que en desorden avanzaban, se movía de uno á otro lado el pequeño «Gloucester», ora disparando sobre un crucero, ora sobre un torpedero, y causando estragos por todas partes donde había blanco sobre que hacer tiro. Fué una verdadera maravilla que no hubiese quedado destruido por el chaparrón de metrallas que en su redor hacían explosión.

La sangrienta lucha tomaba incremento por instantes. El «Vizcaya» se defendía con desesperación y logró colocar algunos proyectiles en la cubierta del «Iowa»; durante quince minutos el cañoneo, por ambas partes, llegó á su maximun de acción.

El «Vizcaya» con asombrosa rapidez disparaba sobre el «Iowa» más sus proyectiles no causaban efecto alguno debido á su mala dirección; en cambio las bombas del buque americano visitaban con suma frecuencia los flancos del crucero español que al pasar frente al «Oregón» recibió de este una completa granizada de bombas.

Los estragos del combate empezáronse á ser palpables: el «Infanta María Teresa» y el «Almirante Oquendo», alejándose de la columna del enemigo, ponían su proa con rumbo á la playa, envueltos en espesos nubarrones de humo producido por el incendio.

El «Texas», el «Oregón» y el «Iowa» atacaban sin tregua á los buques españoles, los cuales en pocos momentos quedaron convertidos en informes masas de humo y fuego, arriando su bandera.

Presto el «María Teresa» desplegó su bandera blanca, á la vez que su tripulación en completo desorden, se precipitaba á la mar. Pocos minutos después la «Santa Bárbara» de este her-

moso buque producía una formidable explosión. Esto pasaba veinte minutos después que fué disparado el primer cañonazo de esa memorable acción naval.

En segundo término, y á una aparente larga distancia, el «Brooklyn» y el «Cristóbal Colón» ocupábanse con matemática precisión en cambiar metrallas mutuamente.

Cincuenta minutos después de haber disparado nuestro primer proyectil, había otro crucero fuera de combate: el «Vizcaya» lamido por las llamas dirigía su proa hacia la playa de Ase-rraderos, donde al fin encontró su último lecho de descanso.

Sabiendo que yo no podía dar alcance al «Cristóbal Colón», y que el «Oregon» y el «Brooklyn» indudablemente podrían, en compañía del «New York», siendo éste el que más se acercaba á él, resolví acudir al llamamiento de la humanidad, y me allegué á aquel brillante y bravo cuerpo de marinos que habían rendido su bandera á la escuadra americana, al mando del Almirante Sampson. Así fué cómo la proa del «Iowa» se dirigió hacia el «Vizcaya» cuyo casco estaba envuelto en largas llamas. Mi buque avanzó hasta donde la profundidad lo permitía y en seguida se largaron todos los botes para socorrer á los vencidos que se estaban ahogando por docenas. Los que por sus horribles heridas, no habían podido echarse al mar, se retorcían desesperadamente sobre la cubierta del crucero español, presas del fuego que los asara, vivos aún. El número de valientes rendidos era grande.

Al mismo tiempo que me acercaba á impartir auxilios á los marinos españoles, descubrí que una partida de cubanos desde los arrecifes hacía fuego sobre aquellos desafortunados náufragos que, luchaban cuerpo á cuerpo con la muerte, arrollados por las enormes olas que con furia reventaban en las rocas abruptas de la playa.

Esto no duró mucho tiempo, pues tres ó cuatro bombas de grueso calibre se encargaron de calmar la furia de los que bien pudiéramos, por la barbárie que cabe en el acto, llamar salvajes. Lo que á mi pesar no pude remediar, fué la mutilación de tanto hombre cometida por la tremenda cantidad de enormes tiburones.

Estos seres inhumanos se encontraban en un alto grado de excitación producida por el espectáculo que ofrecía el mar tinto en sangre y los ayes supremos de dolor salidos de los moribundos valientes.

Mi tripulación activa, bien pronto había recogido algunos centenares de náufragos, y pude á la vez socorrer á los que se quemaban en la cubierta del crucero «Vizcaya» cuyos pequeños almacenes hacían explosión á cortos intervalos causando horriblos estragos en el buque. Mis botes regresando con su carga humana formaban un largo cordón y presto se llenó la cu-

bierta del «Iowa» con la fuerza española, siendo de notar que todos desde oficiales á marineros, estaban completamente desnudos. Las piernas de algunos de ellos estaban enteramente destrozadas por el contacto de las metralas, y otros estaban mutilados de una manera inconcebible.

En el fondo de los botes había tres ó cuatro pulgadas de sangre; en muchos viajes llegaban algunos cadáveres sumergidos en aquel rojo imponente líquido. Estos bravos luchadores muertos por la querida patria, fueron después sepultados con los honores militares debidos por los tripulantes del «Iowa». Ejemplos de heroísmo, ó mejor dicho de fanatismo por la disciplina jamás habían sido llevados al terreno de la práctica tal cual se llevaron por los valientes marinos españoles. Uno de estos con el brazo izquierdo completamente arrancado de su sitio, el hueso descarnado pendiendo solamente de pequeños fragmentos de piel enteramente desnudo, bañado en sangre, con serenidad estóica, subió la escala y al pisar la cubierta del «Iowa», se cuadró y saludó á mi tripulación con tan hondo respeto que todos nos sentimos altamente conmovidos. Otro de estos valientes llegó, metido en una charca de sangre, con la pierna derecha únicamente; fué atado con un cable é izado á bordo sin proferir una sola queja.

Gradualmente se fué llenando la cubierta de españoles; el maderamen siempre blanco y limpio, se veía entonces, totalmente rojo de sangre, y ya plenamente ocupado por los rendidos, era casi difícil reconocer en el «Iowa» un buque de guerra americano.

La sangre imperaba por doquiera, y después de algunas horas de fatigas nobles, doscientos setenta y dos hombres desnudos recibían agua y alimentos, de aquellos que pocos minutos antes, les habían enviado verdadera lluvia de metralas que sembraban desolación y ruina.

Para terminar aquella faena llegó el último bote conduciendo al capitán del «Vizcaya», señor Eulate, para quien se llevó una silla, pues evidentemente estaba herido. Todos sus oficiales y marineros al verlo llegar se apresuraron á darle la bienvenida, cuadrándose y presentando armas luego que se desató la silla de la carrucha, el capitán Eulate, poco á poco se puso en pie, me saludó con grave dignidad, desprendió su espada del cinto, llevó su guarnición á la altura de sus labios, la besó reverentemente y con los ojos brotando lágrimas me la entregó!!!

Aquel hermoso acto quedará indeleble para siempre en mi memoria. Saludé al valiente español y no acepté su espada. Un sonoro y prolongado ¡hurra! salió de la tripulación del «Iowa». Luego tomaron mis oficiales al capitán Eulate en silla de manos y lo condujeron á un camarote ya dispuesto, para que el médico le reconociera las heridas: ya que íbamos á bajar de

la cubierta una formidable explosión, que hizo vibrar las capas del aire á varias millas en rededor, anunciaba el fin del «Vizcaya». El capitán Eulate volvió la cara y extendiendo los brazos hacia el lugar donde se produjera la detonación gritó: «Adios «Vizcaya» . . . ya . . .» y los sollozos ahogaron sus palabras.

La guerra había entonces asumido otro aspecto: el pagador del «Iowa» ordenaba la distribución de uniformes entre aquella multitud de hombres desnudos y presto las provisiones reparaban los cuerpos fatigados del combate.

Como viera yo que la tripulación de los dos primeros buques echados á pique no había sido visitada por los nuestros, puse la proa hacia donde se hallaban. A poco andar encontré al «Gloucester» que regresaba trayendo al Almirante Cervera á sus oficiales y un gran número de heridos muchos de estos enteramente mutilados. Varios prisioneros que ganaron la playa fueron muertos por las balas cubanas.

En seguida el «Harvard» recogió la tripulación del «Almirante Oquendo» y del «Infanta María Teresa» y cerca ya de media noche, el primero de estos buques tenía á su bordo noventa y seis prisioneros de guerra es tando heridos un considerable número de ellos.

Con respecto á valor y energía nada hay registrado en las páginas de la historia que pueda ser un simil con la acción del Almirante Cervera.

Salió, como él perfectamente lo sabía, con la plena convicción de que su flota quedaría destruida por la escuadra americana; mas tenía la esperanza de poder salvar al «Cristóbal Colón» debido á su gran velocidad. El espectáculo que ofrecían los dos torpederos destructores, meras cáscaras de papel, marchando á todo vapor bajo la granizada de bombas enemigas en pleno día, sólo se puede describir de esta manera: Un acto español y ordenado por el General Blanco; la misma frase encaja perfectamente con respecto á todo movimiento de la escuadra española: heroísmo en su más alto grado.

En contraste con los candentes arranques de los españoles estaba el efecto del frío y deliberado trabajo yankee.

La escuadra americana permanecía sorda á todo sentimiento humanitario; al parecer estaba allí para combatir y destruir, y así fué que al entrar en zafarrancho de combate, atacó sin piedad al enemigo; mas esta crueldad trocóse en generosa cortesía cuando presto arriaron su pabellón los españoles, y sin apasionamiento diré, que si en alguna memorable jornada cupo el sentimiento de humanidad, éste fué demostrado por los americanos.

El Almirante Cervera fué trasbordado á mi buque del «Gloucester» que lo había salvado de una muerte segura. Al saltar

sobre cubierta fué recibido militarmente por un completo estado mayor del Comandante y los artilleros del "Iowa." Con los rostros ennegrecidos por la pólvora, salieron casi desnudos á dar la bienvenida al valiente marino, que en traje interior únicamente y con la cabeza descubierta, gravemente pisaba el puente del buque vencedor.

La numerosa tripulación del «Iowa» en unión de la del «Gloucester» prorrumpió en un grito de júbilo cuando el Almirante español respetuosamente saludó á los marinos americanos.

Aunque el valiente vencido, sin insignia ninguna, ponía su desnudo pié en la cubierta del «Iowa,» todo el mundo hubiera reconocido que cada molécula del cuerpo de Cervera, constituía por si sola, un almirante.

Su rendición á los rudos golpes de la guerra la efectuó con tan heróicos y nobles detalles, que por siempre lo colocarán á una altura envidiable.

El «Iowa» disparó treinta y una metrallas de á doce pulgadas, cuarenta y ocho, de á ocho, doscientas setenta, de á cuatro, mil sesenta proyectiles, de á seis libras y ciento veinte de á una libra. Los oficiales del «Vizcaya» me dijeron que les había sido imposible sujetar á sus artilleros ante sus cañones respectivos, debido al nutridísimo fuego de los buques americanos.

El agua que arrojaban las mangueras, mezclada con la sangre que abundantemente manaba de las heridas de los españoles, daba á la cubierta de sus cruceros un aspecto imponente y desolador. Fragmentos de seres humanos yacían en confusión entre los cañones enemigos, y á cortos intervalos las metrallas sembraban el pánico.

Por las cavidades de uno de los costados del «Vizcaya» se escapaban enormes lenguas de fuego que, enroscándose en la cubierta, tostaban los cuerpos de los moribundos que desesperadamente pedían socorro con lastimeros gritos.

Las explosiones de los buques encallados se sucedían sin tregua y cada conmoción de estas era seguida de inmensos ayes de martirio.

De dos cañones de á seis libras fueron disparados cuatrocientos cuarenta proyectiles. En la parte superior de la torrecilla los artilleros no descansaban un instante disparando sin cesar con los cañones de á libra. Las bombas enemigas cruzaban silbando por encima de los artilleros sin que estos siquiera se agachasen para librar sus golpes.

Uno de estos aguerridos hombres, cegado completamente por la pólvora, permanecía sobre la manivela de su cañón de á doce, maniobrando al acaso, sin que humanos esfuerzos bastaran

á desprenderlo de su puesto. Otros, carbonizados casi, con un pañuelo mojado sobre la cara, con dos agujeros para los ojos disparaban metrallas con una presteza increíble.

Como los cañones de á seis estaban tan cerca de los de á ocho, no se podía permanecer entre ellos con seguridad, y así, cada vez que eran disparados los de grueso calibre se ordenaba á los artilleros de los primeros retirarse; mas estos se negaban á obedecer aquella orden y seguían en su sitio enviado chaparrones de bombas. Cuando los cañones de á ocho pulgadas eran disparados, la conmoción era tan terrible, que repelía á la parada de artilleros de los cañones de menor calibre á una distancia de diez piés, cual si fuesen de papel. ¡Nada importaba! Estos, sordos como un canto, debido á las tremendas vibraciones, regresaban furiosos á sus cañones y, á su vez, hacían fuego sin cesar, hasta que por último, por la fuerza, eran arrastrados de sus puestos.

Tal encarnizamiento y tal bravura eran frecuentemente observados en todos los cruceros empeñados en la refriega.

Durante la permanencia del Almirante Cervera en el «Iowa,» de todos se hizo amar. Nos dijo que después que recibió la orden de marcha del Gral. Blanco, quiso efectuarla la noche del día 2 de Julio, pero que el Gral. Linares se lo impidió diciéndole: "Espere vd. hasta mañana en la mañana, que á esa hora los sorprenderá cuando estén entregados al servicio divino, pues es domingo."

Para terminar mi mal trazada inscripción agregaré que, el «Indiana» fué tocado dos veces, el «Oregón» tres y el «Iowa» nueve veces. Con respecto á los otros buques americanos, no podría yo fijar sus averías, pues eso toca á sus capitanes respectivamente.

Hasta aquí la narración del capitán Evans.

Los marinos españoles supervivientes al desastre afirman que el capitán del «Oquendo» Don Juan de Lasaga se suicidó antes de declararse prisionero.

Las bajas en los buques de Cervera fueron 1,300.

El Comandante Villamil, segundo de Cervera, y jefe de la flotilla torpedera, pereció á bordo del «Plutón.» Villamil era reconocido en España como el perito más eminente en materia de explosivos aplicados á la guerra naval. Del personal de los torpederos no se salvó ni uno sólo, pues fueron los primeros echados á pique.

[Aumentar al capítulo XIII, en seguida de la narración del combate por el capitán Evans del «Iowa.»]